

Publicado el domingo 08 de junio del 2014

## **ROSA TOWNSEND: El rey ha abdicado, viva el rey**

### **ROSA TOWNSEND**

Juan Carlos de Borbón ha hecho lo correcto. El relevo generacional era necesario en la monarquía española, como el propio rey ha señalado. Y él abdica por voluntad propia, dejando como legado el mayor período de paz, estabilidad, prosperidad, libertad y democracia en la historia del país.

A pesar de algunos desaciertos de última hora (que muchos oportunistas tratan de explotar y agrandar estos días) lo importante es el balance de sus casi 39 años de reinado. Y ese balance es altamente positivo, marcado por una férrea neutralidad política y capacidad unificadora, en su papel de árbitro de la democracia.

Mucho ha pasado desde aquel famoso comentario de “Me han legalizado” que hizo Juan Carlos I, en su clásico estilo campechano, cuando los españoles aprobaron por votación mayoritaria la Constitución de 1978.

La trayectoria desde entonces la ha resumido muy bien esta semana en Madrid el prestigioso historiador Paul Preston: “El reinado de Juan Carlos de Borbón es la historia de cómo el hombre designado por Franco para perpetuar su dictadura adquirió una inmensa legitimidad popular en la democracia”.

Con esa inmensa legitimidad en su haber y sabiéndose retirar a tiempo, a los 76 años, ha conseguido concluir su reinado con una victoria. Redimido ante una sociedad crispada por la crisis económica y en la que había perdido popularidad tras el escándalo de corrupción que salpicó a su yerno y su cacería de elefantes en África (por la que pidió perdón: “Lo siento mucho, no volverá a ocurrir”).

Ceder el trono a su hijo Felipe, de 46 años, es también un último acto de servicio con el que Juan Carlos ha antepuesto —una vez más— la Institución de la Corona a los intereses personales. Sobre todo teniendo en cuenta que perderá la “inviolabilidad” y hasta podría ser demandado en los tribunales como cualquier otro ciudadano.

La primera vez que inmoló sus privilegios en aras de la Institución fue al renunciar expresamente a los poderes absolutos heredados del franquismo, el mismo día que asumió la jefatura del Estado. Fue su forma de poner en marcha la democracia en una España imbuida en los estertores de la dictadura y la incertidumbre del futuro.

Y volvió a demostrarlo al desactivar el golpe militar del 23 de febrero de 1981, una gesta épica que constituyó un punto de inflexión en la historia. Pero no fueron aquéllos tiempos de vino y rosas, porque tanto la subversión militar como el terrorismo que atenazaba a España continuaron. ETA planeó matar al monarca en 1985, 1986 y 1997.

De uno u otro signo, los desafíos nunca han cesado. En la última etapa ha sido el separatismo catalán el que le ha quitado el sueño a un Rey cuya mayor preocupación confiesa ha sido siempre la unidad de España. Y a juzgar por las últimas declaraciones del presidente de la Generalitat catalana, Artur Mas, se lo seguirá quitando al rey Felipe VI, porque Mas insiste en la independencia.

Grupos catalanistas y otros separatistas vascos son, junto con Izquierda Unida (nombre reciclado del Partido Comunista), los únicos que o bien votarán en contra de la sucesión monárquica o se abstendrán. El resto de los diputados sí votarán a favor, sumando al menos el 91 por ciento del Congreso. Y una proporción semejante se anticipa en el Senado; por lo tanto la coronación de Felipe VI está garantizada y, según lo previsto, tendrá lugar el 18 de junio.

Como era de esperar, a las calles han salido a protestar reductos republicanos junto a los habituales manifestantes antisistema para pedir un referéndum en el que se elija entre monarquía o república. Son muy pocos, insignificantes en un país de 47 millones de ciudadanos, aunque han intentado hacer mucho ruido mediático.

Pero mucho más sonoras han sido las muestras de agradecimiento a la labor del Rey y el apoyo general de la sociedad y de los propios medios de comunicación. “Un monarca necesario” titulaba en su editorial El País, el diario más a la izquierda del espectro político de España.

Necesario, añadiría yo, porque garantiza la estabilidad en su condición de moderador —sin poderes ejecutivos—, símbolo de unidad suprapartidista. Y al decir monarca me refiero a la Institución, con independencia de quien la ostente y de la circunstancia en que se produzca el traspaso. Lo importante es la continuidad y estabilidad que representa, como apunta el ya tradicional lema sucesorio entre las monarquías europeas “el rey ha muerto (o ha abdicado), viva el (nuevo) rey”.

Ahora le toca a Felipe VI. Los retos son grandes. El principal recobrar la inmensa legitimidad de su padre. El siguiente la modernización y renovación del sistema institucional. Y por último el que quizá más llegue al corazón de los españoles: Juan Carlos nos devolvió la libertad, Felipe tiene que devolvernos la ilusión.